

CONTRA LA CORRIENTE EL ORIGEN DE LA DIALÉCTICA EN LA GRECIA ANTIGUA

Juan Manuel Olarieta Alberdi

Asociación Libre de Abogados, Madrid

"¿No has fijado tu atención en el gran mal que reina en nuestros días en la dialéctica?"
(Platón, La República,7)

Desde su mismo origen, el conocimiento humano surge, de una forma dialéctica, en lucha contra la ideología dominante, poniendo en duda la veracidad del saber aprendido y la opinión mayoritaria. La filosofía y la ciencia vuelven sobre sus pasos incansablemente, afilando siempre su ingenio crítico frente a los monumentos y museos que tratan de homenajearlas pero que, realmente, las petrifican.

No obstante, también es cierto, aunque paradójico, que las clases dominantes rinden culto al saber porque les permite preservar su dominio. Saber es poder. Exponen y repiten hasta la saciedad los últimos adelantos de la ciencia, pero hay que tener presente que las clases dominantes silencian cómo ha llegado la humanidad hasta el saber, las vías, los recorridos y los procesos intermedios. Sobre todo, ocultan que se trata más bien de una apropiación del saber en su propio interés, después de un proceso de depuración y codificación del mismo. Antes de apropiarse de Sócrates las clases dominantes tuvieron que asesinarle. Lo mismo le sucedió a Giordano Bruno dos mil años después. Los matan y luego les roban su herencia. Decía Platón que los sofistas "no pudiendo nada con sus discursos, añaden los hechos a los dichos. ¿No sabes que castigan con la pérdida de los bienes, de la reputación, y de la vida misma a los que rehúsan someterse a sus razones?" (La República,6). Existe una ideología dominante porque otra es dominada, es decir, silenciada y reprimida.

La clase dominante pone tampones y sellos oficiales al conocimiento, expide títulos académicos para acreditar quién es sabio y quién es ignorante, qué se puede enseñar y qué no. La apropiación del saber le permite que su dominación se asiente sobre bases más firmes y más previsibles. Si la lógica es una herramienta del poder, la epistemología lo es de la oposición. Ésta no es sólo una teoría del conocimiento sino una historia del conocimiento porque todo conocimiento es histórico, tiene una fecha de nacimiento y otra de defunción. Como el conocimiento, el poder también es temporal, limitado. Pero las clases dominantes necesitan creer que la historia ha llegado a su final y que con ellos al frente el reloj se detiene para siempre.

El progreso del saber, por tanto, ha sido siempre algo estrechamente ligado a la revolución. El saber evoluciona porque no se conforma con los logros alcanzados, porque es inconformista y crítico frente a la opinión establecida y a quienes la sustentan. Como en la sociedad, en el conocimiento los hay que se dejan llevar y quienes reman contra la corriente.

La crítica de la ideología dominante en la Grecia clásica

En la antigua Grecia existía una categoría intermedia de conocimiento entre la certeza y la ignorancia, empleando la palabra "doxa" para designarla, de la que luego derivaron una familia completa de expresiones próximas como dogma, ortodoxia o paradoja. Aunque se ha traducido de formas muy diversas, como opinión o creencia, la "doxa" es la ideología dominante, lo que hoy llamaríamos el pensamiento único. Es la credulidad, el denominado "sentido común", un tipo de saber acomodaticio, que encuentra respaldo en el poder y aplauso de un coro de aduladores. Aristóteles la definía así: "Son cosas plausibles las que parecen bien a todos, o a la mayoría, o a los sabios, y, entre estos últimos, a todos, o a la mayoría o a los más conocidos y reputados" (Tópicos,1,1). También Platón decía que la "doxa" era un conocimiento que no ofrecía certeza absoluta, un conocimiento superficial, oscuro y, en consecuencia, incapaz de satisfacer al intelecto. Las cosas no son tal como aparecen. La "doxa" expresaba una duda que había que despejar porque el hombre busca un conocimiento fundado.

Platón ponía el ejemplo del abogado que para demostrar una determinada afirmación presenta un "gran número de testigos distinguidos" mientras que su adversario sólo puede presentar uno o incluso ninguno. Pero la verdad no se decide por mayorías. Mientras que la verdad –decían los antiguos griegos- es creíble por sí misma, objetiva, la ideología no coincide necesariamente con ella sino que es lo que comúnmente se admite como tal, la creencia dominante. Por tanto, es subjetiva. La ciencia describe lo que algo es; la ideología la manera en que se ve. La primera es un conocimiento verdadero, argumentado y comprobado. La "doxa" por el contrario, por más que se encuentre ampliamente difundida, no es más que una convicción.

Desde otro punto de vista, la ideología expresa también el saber tradicional, la enseñanza académica, la conformidad con el legado anterior, no siempre bien fundado, superficial, aparente e incluso engañoso. La ideología es el pasado mientras que la verdadera ciencia es el futuro. En la Grecia clásica esa tradición era mitológica e incluso mística, repleta de supersticiones que había que superar. La ideología se apoya en la fe y la credulidad, los acompañantes habituales de la ignorancia y, por ello mismo, la puerta del fanatismo, una postura intelectual débil en cuanto no sabe, pero a la vez intransigente en cuanto está convencida de lo contrario.

La historia abunda en ejemplos de la diferencia entre la verdad objetiva de una tesis y el hecho de hacerla valer. La verdad objetiva y su aprobación por los oyentes son dos cosas distintas. Una cosa es tener razón y otra que el auditorio te la conceda. Cuando una opinión está conforme con la doctrina generalmente admitida, se dice que es ortodoxa. En caso contrario es heterodoxa. La paradoja, por el contrario, es una contradicción: contradice la opinión establecida y, por tanto, resulta extraña. Los filósofos griegos eran extravagantes e incómodos, "por no decir otra cosa peor", reconocía Platón en "La República". Las biografías fabuladas que de ellos nos han llegado nos los presentan como viajeros y bohemios, conferenciantes ambulantes desplazándose de una ciudad a otra. Las comedias se burlan de ellos. Creaban escuelas donde en compañía de sus seguidores vivían apartadamente, con sus propias normas de conducta. Desde su mismo

origen, se lamenta Platón, los filósofos eran tratados de una manera "poco honrosa" porque contraponían la "doxa" a su contrario, la "paradoxa". La filosofía occidental nace, pues, con una vocación crítica, de lucha contra los prejuicios y las supersticiones dominantes. La ortodoxia nunca fue bien admitida por la filosofía clásica, que buscaba un conocimiento más sólido que el comúnmente aceptado. En el siglo VI a.n.e. Tales, Heráclito y Parménides se revolvieron contra la credulidad y criticaron a sus predecesores por aferrarse a las opiniones tradicionales. Protágoras fue desterrado, Anaxágoras acusado de ateísmo y Diágoras condenado a muerte.

Ideología y dialéctica

El progreso del saber sigue un recorrido dialéctico cuyo punto de partida es la "doxa", la ideología dominante. Como consecuencia de ello, en la antigua filosofía griega la dialéctica estaba íntimamente relacionada con la ideología dominante o, por decirlo más exactamente, a la lucha contra la ideología dominante.

Platón considera la dialéctica como la ciencia más difícil; las demás sirven de preparación para adentrarse en su conocimiento porque ella es la más sublime, "el coronamiento y el colmo de las demás ciencias; no hay ninguna que pueda colocarse por encima de ella, y cierra la serie de las ciencias que importa aprender". No está hecha para espíritus bastardos -continúa Platón- sino para verdaderos y legítimos talentos (La República,7). Es un movimiento ascendente del intelecto o, como decían los antiguos, un camino, un recorrido en busca de una comprensión cada vez más profunda de la realidad. No tiene nada que ver con las nociones místicas acerca de la intuición, la revelación o cualquier otra forma de obtención de conocimiento por medios automáticos e instantáneos, de una vez y para siempre. El saber es un viaje; no permanece estático sino que cambia progresivamente. El proceso de conocimiento es un tránsito del conocimiento pretérito al futuro y del subjetivo al objetivo. En su avance recorre etapas intermedias que son consustanciales al devenir "entre el ser y el no ser" (Aristóteles, Metafísica,2,2).

La dialéctica es también un diálogo, una controversia en donde se argumentan y rebaten afirmaciones públicamente. En la antigua Grecia esas afirmaciones aparecen, además, personificadas de una manera literaria, teatral, como debates entre personajes que discuten entre sí. En sus diálogos Platón contrapone a los sofistas como interlocutores de Sócrates. Los sofistas buscan la adulación, la del poder y la de la opinión pública. A diferencia de Sócrates, que personifica la ciencia, los sofistas personifican la ideología.

En Platón y Aristóteles la dialéctica desempeña un papel fundamental en el proceso de conocimiento, lo que les obliga a definirla de una manera muy precisa frente a otro tipo de metodologías engañosas o embaucadoras, como la erística, que sustituyen la demostración por la persuasión. Con la dialéctica los antiguos filósofos griegos introdujeron el rigor de la demostración, relegando en ocasiones la ideología a la esfera del saber privado e irrepetible porque es imposible verificar el camino que conduce hasta él. A veces la ideología es una amalgama confusa de la que ni siquiera se puede rastrear su origen, un legado milenario transmitido por vía oral de generación en generación. Necesita una depuración previa porque la ausencia de método impide su difusión.

En los filósofos clásicos el conocimiento dialéctico es un camino no sólo por los procesos que conducen a su adquisición sino también por los que permiten su exposición y divulgación. Eso diferencia al saber verdadero del ideológico, caracterizado por la adhesión instantánea del sujeto a su convicción, un fenómeno que a lo largo de la historia adopta diversos nombres, como intuición, revelación y otros.

Lo mismo que la investigación, también la exposición está razonada y argumentada y en la Grecia antigua adoptó tres formas fundamentales: la lógica, la retórica y la docencia.

Lógica y dialéctica

La dialéctica y la lógica forman una unidad pero se diferencian porque ésta reproduce conocimiento mientras que la dialéctica lo produce. La lógica no es más que un sistema formal de exposición de los conocimientos ya adquiridos; la dialéctica es la manera de adquirirlos. Por tanto, a diferencia de la dialéctica, la lógica suele ser estéril.

Platón no desarrolló la lógica, tarea que incumbió a Aristóteles y los estoicos, cuyas nociones perduraron más de dos mil años. A veces se interpreta la lógica de Aristóteles como una lógica "formal" que versa sobre la forma de la verdad, mientras la dialéctica se ocuparía del "contenido" de la verdad. Pero en este sentido tanto la lógica como la dialéctica serían "formales". Tanto la lógica como la dialéctica tienen un contenido, se ocupan de estudiar el pensamiento pero mientras la primera se ocupa sólo del pensamiento, la dialéctica se ocupa de él y de todas las demás formas del movimiento. Ésta tiene, pues, un contenido mucho más amplio.

Además, la primera es estática y la segunda dinámica. La contradicción tiene una estrecha relación con la evolución: "En lo tocante a las entidades, al cambiar ellas mismas son capaces de admitir los contrarios" (Categorías,5). En sus obras Aristóteles subrayó con claridad la continuidad del movimiento, la presencia de lo antiguo en lo nuevo y del futuro en el presente: "Lo que cesa de ser conserva todavía algo de lo que ha dejado de ser, y de lo que deviene, ya algo debe ser" (Metafísica,4,5).

Por ser estática, en la lógica no hay contradicción, mientras que la dialéctica se fundamenta en ella. La lucha de contrarios es su esencia. El estudio de las contradicciones desempeña un papel fundamental en Aristóteles, que destacó la existencia de etapas intermedias entre los contrarios, "de lo contrario se habla sólo por hablar". Si la lógica se basa en la exclusión de un tercero entre los opuestos, la dialéctica consiste precisamente en el análisis de ese tercero. La dialéctica es, pues, tanto el estudio de las contradicciones como de lo que Aristóteles llama el "término medio" (Metafísica,4,7) entre ambas.

Aristóteles insiste en la importancia de la dialéctica como método del saber, que tiene más importancia que el saber mismo (Refutaciones,34). La verdadera sabiduría está en el método. El verdadero saber consiste en argumentar, es decir, en razonar lo sabido frente a terceros, públicamente. El que sabe puede dar razón de su ciencia porque su conocimiento lo ha adquirido a través de una serie de operaciones premeditadas que puede repetir cuantas veces sea necesario; por el contrario, el que no sabe "no puede dar razón ni a sí mismo ni a los demás" (Platón, La República,7). Además, el que realmente sabe puede seguir avanzando. El que sólo cree que sabe no aprende nunca porque está conforme consigo mismo, se regodea en lo que ya ha aprendido y no tiene interés por lo que no sabe ni tampoco por lo que aún le queda por aprender. Es algo confortable porque siempre va a encontrar otros como él que repiten lo mismo y con los que se sentirá identificado. No molesta a nadie pero, sobre todo, no molesta al poder establecido. La ideología es un saber unilateral en el que el sujeto comparte la opinión dominante, que se basa la aprobación general, lo cual es suficiente para satisfacerle. En consecuencia, es un conocimiento rígido o inmóvil. Cuando aún mantiene un núcleo de verdad, lo pervierte convirtiéndolo en absoluto. El dogma es la "doxa".

La docencia como divulgación del conocimiento

Docencia también deriva de "doxa". La creación de centros de enseñanza es algo que singulariza especialmente a la Grecia antigua. Consciente de su fortaleza, el pensamiento griego tenía una vocación expansiva, de manera que una parte muy importante de sus reflexiones las destinó a desarrollar todas las formas de conservación y divulgación. La ciencia no puede evolucionar sin la enseñanza: "El carácter principal de la ciencia consiste en poder ser transmitida por la enseñanza" (Aristóteles, *Metafísica*, 1,1).

En una época de comunicación oral, disciplinas como la retórica desempeñaron una función trascendental. Había que ser capaces de razonar y exponer con claridad los pensamientos.

Las ciudades griegas crearon gimnasios, las primeras escuelas, y los filósofos también se preocuparon de transmitir sus conocimientos a sus seguidores; Platón fundó la Academia y Aristóteles el Liceo. En todas sus formas, la memoria es un instrumento fundamental de reproducción del saber y en ella se ha fundamentado siempre la pedagogía. Por su origen militar, la enseñanza es un entrenamiento, obliga a la repetición monótona de sentencias, preceptos, aforismos y proverbios con ayuda de canciones, poemas y recordatorios mnemotécnicos.

Esto no tenía precedentes. Hasta entonces el saber era patrimonio de hechiceros o sacerdotes que preservaban con celo el secreto de su ciencia o lo transmitían exclusivamente a un círculo reducido de iniciados. En ocasiones ese conocimiento, verdadero o falaz, se atribuía a fuentes inefables, como la revelación divina, el éxtasis místico, la introspección o los ritos iniciáticos. Es significativo que la enseñanza de las letras en aquellos tiempos se englobara bajo la categoría genérica de "música" porque los griegos consideraban que todas aquellas disciplinas estaban inspiradas por las musas, esto es, por divinidades.

Del mismo modo, el conocimiento de la escritura estaba estrictamente reservado para determinadas categorías privilegiadas de letrados y escribanos, encargados del registro y conservación de las leyes.

La ideología, especialmente la religiosa, está concebida como un misterio que no todos somos capaces de alcanzar. La ciencia siempre parece más científica cuando está al alcance de muy pocos. El secreto, el misterio y los signos eran ingredientes básicos de la ideología en aquella época, lo cual otorgaba un papel preponderante a la alegoría, que incluso influyó de una manera importante en el estoicismo. La interpretación de los signos y la convicción de que las cosas (astros, animales) funcionaban como signos de otras cosas, otorgaba un importante papel de intermediarios a una casta reducida y cerrada de agoreros.

El poder político estaba muy vinculado a esa casta de consejeros, que acumulaba una enorme influencia. Los hechiceros no sólo acaparaban en exclusiva el conocimiento sino que podían adivinar el futuro, algo imprescindible para gobernar.

Corresponde a los filósofos griegos el mérito histórico de iniciar un rumbo completamente distinto y llevar el conocimiento a la multitud de una manera abierta y a través de vías racionales. Lo que diferencia a cualquier clase de conocimiento de las supersticiones místicas es que aquel es público y está abierto, mientras la mística se reserva a los iniciados y está dado de una vez y para siempre. Singularmente, fueron los estoicos quienes generalizaron la idea de racionalidad (logos) que no sólo impera en el universo sino también en el hombre. Por tanto, cualquier hombre puede conocer las leyes que

rigen los fenómenos porque todos disponemos de capacidad intelectual para ello. No existe un "pueblo elegido" al que esté reservada la sabiduría en exclusiva.

No obstante, la educación tiene otros aspectos reseñables en el pensamiento clásico. El primero es que se trata también de un proceso de doble recorrido: el educador debe ser educado; sólo es capaz de enseñar quien es capaz, a su vez, de aprender.

Por lo demás, la expresión "educado" y, sobre todo, la de "bien educado" remite a un contenido ideológico: la adecuación de la persona con los usos sociales dominantes. El alumno "bien educado" es aquel que está sometido y adaptado a las convenciones impuestas. La voz "paidotriba" (maestro en griego) significa "apaleador de niños". El castigo físico servía para domar forzosamente a la juventud, asegurar su sumisión y de ahí dimana la etimología de la palabra "amaestrar". Entonces el saber ha dejado ya de estar enfrentado a la ideología y ha sido subsumido por ella.

Así lo demuestra la herencia que Roma transmite de Grecia. En la cultura romana predominan la retórica y la oratoria; el saber se ha ligado de tal manera al poder que Roma es el imperio de los juristas y, junto a ellos, están los teólogos. El escepticismo convive con el dogmatismo. Los filósofos han perdido la batalla. Las grandes corrientes clásicas, como el platonismo y el estoicismo, degeneran en su contrario, de manera que a la Edad Media lo que llega es una monótona repetición que, bajo el mismo nombre, no respeta su origen revolcionario. Es la hora de la lógica y la retórica.

La duda como método dialéctico

Con el correr de los tiempos, la "doxa" dio lugar al surgimiento de la doxografía, una disciplina erudita que se limita a reproducir los textos de los pensadores antiguos con sus mismas palabras. La ideología no pregunta, no interroga, no cuestiona nada. Se limita a repetir lo que otros han dicho y siguen diciendo. La actitud de Sócrates es completamente distinta: "No hablo como un hombre seguro de lo que dice, pero busco unido a vosotros" (Platón, Gorgias). Sócrates no enseña nada a los demás, dice Platón, sino que interroga y pregunta, va por ahí "mendigando la ciencia" (La República,1). El sabio es un investigador. No está preocupado por lo que sabe sino por lo que no sabe precisamente. El origen del pensamiento en occidente radica en una negación dialéctica que transforma la "doxa" en su contrario, en "paradoxa". De ahí que tanto Platón como Aristóteles relacionen la dialéctica con la crítica de la ideología dominante. El sofista sabe y el filósofo quiere saber.

El método dialéctico se inicia con la duda del saber propio, que adopta la forma de pregunta, de interrogante. La duda obliga a pensar al interlocutor, a revisar sus argumentos, le vuelve consciente de sí mismo y de los fundamentos de su conocimiento. Por el contrario, quien sostiene la ideología dominante "no se da cuenta de nada" (Platón, Gorgias), vive en un profundo sueño porque su creencia no es más que una costumbre, una rutina. La diferencia entre un sabio y un ignorante es que aquel lo reconoce con franqueza, duda y es consciente de las limitaciones de su conocimiento: "Darse cuenta de una dificultad y admirarse, es reconocer la propia ignorancia" (Aristóteles, Metafísica,1,2).

Pero ahí no había entonces ninguna forma de nihilismo. Por el contrario, los pensadores griegos de la época clásica demostraron plena confianza en las posibilidades del intelecto para despejar las incógnitas y conocer con mayor seguridad. En ellos es consustancial una duda que no solamente no desconfía de la capacidad humana de conocer sino que se impone precisamente para conocer. Es claro que en la antigua filosofía griega el

conocimiento no sólo recorre el camino que transita de la duda a la certeza sino también el inverso: para progresar hay que poner en duda lo que se tiene por cierto.

Cuando no hay duda hay dogma y cuando sólo hay duda hay escepticismo. Pero la ciencia no puede convivir preservando indefinidamente ni el dogma ni la incertidumbre. El método no permite quedarse en ninguna de ambas. La duda quiebra el dogma pero no se introduce para paralizar sino para avanzar. La duda se transforma en negación, en el enfrentamiento de una tesis consigo misma que se resuelve de una manera singular, la única posible: superándose a sí mismas.

La historia del conocimiento es la historia del continuo progreso y avance del conocimiento científico y el continuo retroceso de todos los dogmas ideológicos. La historia del conocimiento demuestra que el conocimiento que se cuestiona avanza y que el conocimiento incuestionable se estanca. La duda es el motor del pensamiento.

La evolución posterior de la filosofía griega demuestra la fugacidad de esta concepción revolucionaria, que tardó siglos en ser recuperada. Fue sepultada por sus dos enemigos mortales, el escepticismo y el dogmatismo, que se alimentan recíprocamente el uno con la torpeza del otro.

La mayéutica es el núcleo de la dialéctica

En la dialéctica la antítesis no vence a la tesis sino que de ambos se obtiene una síntesis que los supera a ambos. Esa síntesis recorre tanto A como su opuesto $-A$ y los contiene a ambos en una unidad superior y distinta de ambas. El debate no opone unos argumentos a otros sino consigo mismos, "forzándoles a modificar aquellos que nos parezca que no enuncian bien" (Aristóteles, Tópicos, 1,2). Hay que poner en evidencia que el contrincante se engaña a sí mismo y que incurre en paradojas, concluyendo que "Sócrates preguntaba pero no respondía" (Refutaciones, 34). Esto es lo que da a la dialéctica su carácter productivo, frente a la lógica y otras formas de argumentación. En "Gorgias" Platón pone así en boca de Sócrates la esencia de la dialéctica: "Aunque solo, soy de otra opinión, porque no dices nada que me obligue a cambiarla; pero produciendo contra mí una porción de testigos falsos puedes proponerte desposeerme de mis bienes y de la verdad. En cuanto a mí, no creo haber formulado ninguna conclusión que valga la pena acerca del asunto de nuestra disputa, a menos que no te reduzca a que te presentes tú mismo a rendir testimonio de la verdad de lo que digo; y tú creo que nada podrás alegar contra mí a menos que yo, que estoy solo, declare en tu favor y que no asignes importancia al testimonio de los otros. He aquí, pues, dos maneras de refutar".

En efecto, he ahí la esencia de la dialéctica; frente a la tesis no se opone algo diferente sino exactamente lo mismo, aunque de signo opuesto. La crítica de Sócrates es una autocrítica, una enmienda. No solo no cambia el argumento sino que no cambia tampoco el adversario: se trata de conseguir que el propio hablante cambie su opinión mediante la disputa, es decir, que A se transforme en $-A$ sin dejar de ser nunca A y, por tanto, tampoco $-A$. No existe ni una tesis o un orador A y una tesis o un orador B; no existen los sofistas por una lado y Sócrates por el otro porque éste no afirma nada, sólo pregunta.

En álgebra la suma de A y $-A$ es cero, nada, pero en la teoría de conjuntos es la unidad, el todo. Los contrarios ni se restan ni se contrarrestan. Como dice Aristóteles, se oponen dentro de la unidad: "La entidad, siendo numéricamente una e idéntica, es capaz de admitir los contrarios". La dialéctica plantea el estudio de la realidad desde un punto de vista general, en donde todas las cosas están íntimamente interconectadas. La verdadera ciencia, por ser dialéctica, conoce todo porque conoce tanto la tesis como su contrario y

los conoce, además, tanto en su unidad como en su lucha interna: "Uno se encuentra en una situación mejor para juzgar cuando se han oído, como si fuesen partes adversas, todos los argumentos opuestos" (Aristoteles, Metafísica, 3,1). Por el contrario, la ideología desenvuelve una tesis pero aún no conoce la antítesis o, aunque la conozca, no se ha familiarizado con las opiniones divergentes, no las ha estudiado o no las ha estudiado tanto como las suyas propias.

La esencia de la dialéctica es la mayéutica, que en griego significa parto, en donde la parturienta no se opone a la comadrona sino que la criatura nace del cuerpo de aquella, de sus mismas entrañas. La comadrona sólo ayuda con sus dudas y sus preguntas.

Siglos después, en 1620, Francis Bacon puso otro ejemplo gráfico para subrayar los riesgos de esta concepción mayéutica. Aludía a la araña que saca sus hilos de sí misma, lo cual es característico del idealismo objetivo de Platón. Para aludir al parto se emplean sinónimos como "concepción" o "alumbramiento" que también se emplean con referencia al conocimiento. Pero en la fisiología humana del embarazo es imprescindible la intervención exterior, la semilla que penetra en la tierra. En este sentido los estoicos hablaron de la existencia de un "esperma racional" que actúa a la manera de fuerza impulsora, aunque no lo identificaron con claridad.

En el saber el papel de semilla lo ocupa la práctica, algo que los pensadores griegos no tuvieron en consideración. Como cualquier otra sociedad, ellos bastante hicieron con echar los cimientos, describiendo de manera magistral las formas y recorridos del conocimiento, no pudiendo superar las limitaciones de una época esclavista que repudiaba los oficios manuales, las aplicaciones inmediatas y todo lo que tuviera relación con la actividad concreta. Ellos describieron el movimiento y correspondió luego a otros explicar las razones de ese movimiento, esto es, la unidad de la teoría y la práctica.

La ideología no es un conocimiento falso

La ideología no es necesariamente una conciencia falsa, un conocimiento erróneo. No existe ninguna línea fronteriza que separe la ciencia y la ideología. Decía Platón que no hay una ciencia verdadera y una ciencia falsa, pero que sí hay una creencia verdadera y una falsa. Según Platón la ideología es el magma heterogéneo en el que conviven las ideas por la fuerza de la costumbre y de la rutina.

También Aristóteles reconoce que "nadie puede alcanzar completamente la verdad, ni estar falto de ella de manera absoluta" (Metafísica,2,1). El punto de partida epistemológico de ambos es la "doxa", el saber establecido; la verdad se alcanza a través de ella. Los filósofos clásicos no menospreciaron el saber ideológico pero concibieron la dialéctica como su superación, definiendo los argumentos dialécticos como "los que prueban la contradicción a partir de la opinión" (Aristóteles, Refutaciones, 2).

En la filosofía griega clásica la heterodoxia se abre camino como antítesis de la ortodoxia anterior, como criterio opuesto a la tesis dominante sostenida por una mayoría. La crítica es, pues, un momento esencial del conocimiento, pero tampoco es todo el conocimiento porque en sí misma es únicamente negativa. Expresa el partidismo, el punto de partida, la colocación subjetiva del filósofo en un punto de vista a partir del cual desarrolla su argumentación. En cualquier disciplina científica la supuesta objetividad, la colocación del pensamiento por encima y al margen de las contradicciones, es una completa falsedad.

Pero la negación no es suficiente por sí misma; no puede limitarse a rechazar lo negado sino que debe unirse a él. Por ejemplo, Aristóteles inicia el estudio de la teoría del vacío

de la manera siguiente: "Tenemos que comenzar nuestro examen considerando lo que dicen los que afirman su existencia, luego lo que dicen los que la niegan, y en tercer lugar las opiniones comunes sobre tales argumentos" (Física, 4,6). No se conforma con un punto de vista parcial. Su método, pues, es general, reconduce los opuestos a su unidad y, como consecuencia de ello, examina tanto las teorías opuestas como las "opiniones comunes", es decir, la "doxa". Sin embargo, no se trata de un mero repaso rutinario de todas las teorías preexistentes sino de una crítica de las mismas. En una de sus obras más conocidas Aristóteles definió de una manera rotunda la dialéctica como "la crítica de lo que la filosofía da a conocer positivamente" (Metafísica,4,2). La unidad de lo positivo y lo negativo expresa la totalidad del movimiento dialéctico.

No siempre Aristóteles es consecuente consigo mismo. Por un lado fue uno de los primeros filósofos en exponer la teoría de la tabla rasa, como si el conocimiento pudiera partir de cero, del vacío. Pero en otro apartado explica de una manera más acertada la manera en que la verdad se abre camino en medio de la confusión: "Se está de acuerdo en reconocer como sustancias ciertas sustancias sensibles, de manera que nuestras investigaciones deben empezar por ellas. Siempre es interesante adelantar hacia lo que es conocido. Todo el mundo procede así en el estudio: es a través de lo menos conocido en sí que se llega a las cosas más conocidas. De la misma manera que en la vida práctica nuestro deber es partir de cada bien particular para hacer que el bien general se convierta en el bien de cada uno, así debemos partir de lo que se conoce mejor, para convertir lo que es conocido en sí, conocido por sí mismo. Estos conocimientos personales y primeros son a menudo conocimientos débiles, y no encierran poca o ninguna realidad. Sin embargo es preciso partir de estos conocimientos vagos, pero personales, para llegar con el debido esfuerzo a los conocimientos absolutos, pasando, ya hemos dicho, por los primeros" (Metafísica,7,3).

La tabla rasa de los empiristas es una secuela del mito de la creación, aunque esta vez no es la del mundo sino la del pensamiento.

La dominación de la ideología dominante

Como dice Aristóteles, a diferencia de la ciencia, la ideología no es un conocimiento capaz de imponerse por sí mismo. Su fuerza deriva de factores exteriores a ella, del refrendo del poder político establecido que la convierte en una opinión dominante y mayoritaria, e incluso sancionada legalmente, esto es, convertida en ley, impuesta como conducta obligatoria.

La ideología sirve al poder y el poder premia la ideología, creando un coro de sofistas que la propagan, la repiten y la confirman a cada paso: "A causa de su afinidad los sofistas y los oradores se aproximan a los jueces y legisladores y se dedican a los mismos asuntos", dice Platón en su "Gorgias". La "doxa" se convierte en dogma, en decreto; pasa del universo del saber al del poder. En "Gorgias" uno de los antagonistas de Sócrates, si bien reconoce sus conocimientos, le reprocha precisamente que no sea capaz de redactar leyes: "No sabrías proponer una determinación en las deliberaciones de asuntos de justicia ni lo que hay de plausible y probable en una empresa ni sugerir a los otros un consejo generoso". Por eso le advierte que corre peligro, que va ser perseguido y que con sus teorías no va a poder defenderse ni tampoco va a ser capaz de defender a nadie. El mismo riesgo que Sócrates corren todos los demás filósofos auténticos, porque la defensa de la verdad es un peligro para la clase dominante, puede conducir a la persecución y a la muerte, un destino terrible porque es ineluctable. Por eso el consejo sofista es de una vulgaridad aplastante: "Deja tus argumentos, cultiva lo bello, ejercítate

en lo que te dará la reputación de hombre hábil y abandona a los otros estas vanas sutilidades que sólo tratan de extravagancias o puerilidades y que terminarán por reducirte a la miseria; proponte por modelos no a esos que disputan con estas frivolidades sino a las personas que han conquistado fama y riquezas y que gozan de las otras ventajas de la vida". Lo hemos oído todos desde siempre: a vivir que son dos días, dedícate a la buena vida, no te metas en problemas.

Sócrates se excluye a sí mismo de los políticos: no es alguien que tenga poder sino saber. Ni siquiera se vanagloria de tener seguidores sino que más bien se siente aislado, no de la multitud exactamente sino más bien de la opinión de la multitud, de la cual confiesa no hacer caso. Por tanto, reconoce que no puede aportar testigos o apoyos que respalden lo que dice, acaso uno solo. ¿Qué apoyo solitario es ese que Sócrates persigue? Precisamente el de su contrincante.

Es mejor el criterio de un sabio que el de diez mil que no lo son. A menudo se interpreta esta tesis –de Platón más que de Sócrates– en un sentido elitista, como un menosprecio de las masas. No es así. También hay buenos oradores, aquellos que se "conducen según las reglas del arte", es decir, los que dicen la verdad a las masas, no lo que éstas quieren escuchar. ¿En qué se diferencia un buen orador de uno malo? En que es justo y está versado en la ciencia de las cosas justas. "Si hace alguna concesión al pueblo será sin perder esto de vista y si le quita algo será por el mismo motivo". Como hemos dicho antes, Sócrates afirma buscar "unido a vosotros" porque "a todos nos interesa que la cosa quede evidenciada".

Las discusiones socráticas se entablan en el ágora, en plena plaza pública. En ellas intervienen activamente una pluralidad de oradores y, seguramente, hay aún más personas interesadas que permanecen escuchando la discusión en silencio. Sócrates tiene en cuenta a esa multitud pero no se pliega a su criterio. A su manera también es un político, pero en él la política está vinculada a la verdad.

La ciencia tiene que acabar allá donde había empezado, en la ideología. Tiene que transformarse en una fuerza política para desarrollarse, prender en la multitud. Cuando la verdad se transforma en política, cuando ambas piezas vuelven a unirse, estalla la revolución. Por eso el poder y sus sofistas relativizan la verdad, dicen que no existe y que cada cual tiene su propia verdad. Reprimen el conocimiento de la verdad y mantienen a las masas en la ignorancia. También por eso mismo Platón defendía el gobierno de los filósofos, de los amantes y propagandistas de la verdad.